

## SOBRE LA «INTELIGENCIA AMERICANA» SEGÚN ALFONSO REYES

ROBERTO HOZVEN  
The Catholic University of America

En su necrología sobre Alfonso Reyes (en adelante AR), Marcel Bataillon señalaba la convergencia de cuatro experiencias literarias en su pluma: su actividad creativa, su reflexión sobre esta actividad, la inmensidad de su lectura y su sostenida familiaridad con la filología exacta.<sup>1</sup> El mérito de esta clasificación es que transpone y evoca, en el nivel de la actividad literaria alfonsina, la red de interrelaciones que —según AR— constituyen «las bases de la inteligencia americana», y cuya acción y funcionamiento caracterizó y definió a través de cuatro «operaciones» culturales —para él— específicamente americanas: continuidad o «síntesis cultural», querencia de calle, sentido internacionalista y voluntad utopista.<sup>2</sup>

1. «Alfonso Reyes», *Revue de littérature comparée* 1, (v. 34), janvier-mars 1960, 159. El trasfondo práctico-teórico de esta última referencia al empleo de la «filología exacta», por AR, es para subrayar su conciencia historicista: «grand maître d'oeuvre des études exactes de philologie, d'histoire des idées, d'histoire tout court». (*Loc. cit.*). Conciencia historicista que servirá a AR para sopesar y valorar las tres experiencias anteriores en su *volumen* histórico (*cf. infra*: su noción de «calle»).

2. AR desarrolla en varios ensayos estas cuatro «observaciones» paradigmáticas pertenecientes al «capítulo de las homogeneidades» de «nuestra América», las «del orbe latino» y no del «sajón»: aunque ambos protagonicen «el diálogo de las Américas». *Cf.* «El presagio de América», «Notas sobre la inteligencia americana» y «significado y actualidad de "Virgin Spain"» (en *Última Tule, Obras completas* 11 [México: Fondo de Cultura Económica, 1955] y «Posición de América» (en *Tentativas y orientaciones, op. cit.*). (En adelante, citaré las obras completas por medio de dos guarismos: el primero remitirá al tomo, el segundo a la página.)

«América» y «americano», en la obra de AR, son apelativos que configuran una geografía utópica y ética más que física; performativos por los que se esbozan los contornos de una anhelada sociedad perfeccionable: «teatro para todos los intentos de la felicidad humana» («El presagio...», p. 61), «nuevo punto de partida», para «una mayor posibilidad de elección del bien» («Posición...», pp. 262-3). Performativos que incluyen por igual a «los dos personajes del drama americano» (*ibid.*, 62): el orbe latino y el sajón. Sin embargo, hay que advertir que el primero tiene un privilegio interpretante

La exhortación a que la inteligencia americana asuma su «compromiso abrumador de cultura», y lo continúe «en forma y manera de diálogo» (porque «América no está organizada según una sola concepción del mundo»),<sup>3</sup> fue acuñado por AR en un lema que le gustaba reescribir, casi con valor de proverbio, y que sintetiza los rasgos dinamistas y armónicos de lo que él entendía por «síntesis cultural» americana. Es «el esfuerzo... de descubrir otra vez el Mediterráneo por cuenta propia».<sup>4</sup> La repetición cultural, a que se insta al lector de «nuestra América», se convierte en fundación cultural, específicamente americana, a condición de que el redescubrimiento se efectúe bajo dos signos. Primero, como apropiación de la cultura universal demorándose en la propia contingencia, entendida ésta como voluntad inmediata de integración con América: identificación con su «semillero de pueblos», afán de armonizar sus diferencias en una *homonoia*: «armonía internacional de la cultura»,<sup>5</sup> para la cual la inteligencia americana aparece especialmente dotada. Desde este empeño, el redescubrimiento repite lo que todavía no ha sido pensado, descubierto ni dicho —por la tradición universal— en el escenario inédito en que se emplaza. Figurativamente, podría decirse que el acto repetitivo repite en la longitud lo que varía en la latitud, acordándolo a la posición específica del repetidor, a su «cuenta propia». El efecto fundacional del redescubrimiento reside menos en repetir el enunciado que en la experiencia de volver a pasar por allí, en su enunciación, cuando es asumido como acontecimiento inédito en el momento de su retorno. Descubrir «otra vez» significa así, en realidad, construirse por *primera vez*, con los modelos del otro, una identidad que será proporcional a la exploración que se haga de los «haberes y deberes» que componen la «cuenta propia»,<sup>6</sup> «¡Paradójica revela-

---

sobre el segundo: la América del Norte se comprende desde la «intimidad genética» de la misma América hispana, sea en el orden histórico o en el utópico («Significado...», pp. 138-9). De aquí que en su obra el empleo genérico de América, o de sus derivados, siempre incluirá al orbe latino, a la América hispana o lusitana («la nuestra»), aunque no necesariamente a la sajona; ésta será incluida en la medida que, o sus cimientos hayan sido bañados por las aguas latinas o, en su presente, esté dispuesta a compartir diálogos y anhelos con sus dos vecinas. En suma, estos apelativos refieren al orbe latino (Hispanoamérica y Brasil) en lo fundamental: al norteamericano en lo incidental. Aquí sígo su criterio.

3. «para inaugurar los *Cuadernos americanos*», *Última*... 151.

4. «Prólogo», *El deslinde*, 15: 18; también en «Las frases hechas de la historia», *Norte y sur*, 9: 112.

5. Cf. «El presagio...» p. 62 y «Posición...» p. 269.

6. Esta exploración de la propia originalidad, que se perfila desde afuera sirviéndose de «los grandes reactivos del pensamiento» «a fin de... conocer la fisonomía que damos, como quien se estudia en el espejo» («A vuelta de correo», *Varia*, 8: 433-4), constituye una cara del doble proceso por el que la inteligencia americana busca y construye su autoctonía. La otra, complemento de la primera, consiste en la repetición original de la tradición, en el «extraño fenómeno de desvío» con que el injerto americano fecundiza la especie europea («Paul Valéry contempla a América.» *Última*... 104).

ción inversa de las influencias ambientales!»,<sup>7</sup> propia de la repetición original a que nos incita AR y que configura la otra cara por la que la inteligencia construye la autoctonía americana.

Segundo, la apropiación del recorrido «por cuenta propia» exige arriesgar «su palabra propia», sea como rechazo o audacia. Como rechazo, cuando se suprime al intermediario y sus etapas intermedias que, «meras contingencias» en su recorrido, se transforman sin embargo, paradójicamente, en imponentes «necesidades teóricas» (*El deslinde*, p. 18), motivos de «supersticioso temor» para el viajero americano que las repita sin «buen escepticismo».<sup>8</sup> Como audacia, cuando el sujeto osa hablar en nombre propio, desde la experiencia de su «cuenta propia» legitimada como su único lugar, y a través de la proyección contrastante y de la repetición original.

La continuidad está así atravesada de diálogos, de hecho es el resultado de la escala ascendente de diálogos que la entrecruzan: de las fórmulas del lugar ajeno (el «Mediterráneo») con la apropiación discursiva de las propias coordenadas históricas, de ambas con la vulnerada adquisición de un nombre propio y, finalmente, transposición de ambos diálogos en su escritura que, a su vez —según Bataillon, hace conversar la actividad creadora con su reflexión crítica. Estos tres circuitos, por donde comienza a construirse la continuidad cultural, se recortan en un mismo lugar: la relación dialéctica entre las formas que toman las representaciones sociales (del orden de las denominaciones) con la forma como se procesan las interacciones humanas. AR reflexiona así: si «la denominación que se da a las cosas, influye en los actos»,<sup>9</sup> igualmente, los fenómenos sociales forjados por estos actos (en un lugar inédito: Latinoamérica) *van a refluir* sobre las denominaciones provocando «otra coagulación del pensamiento político», nuevas tendencias, cuya fórmula larvaria la inteligencia americana debe estar atenta a percibir, procesar y traducir en conductas nativas correspondientes.<sup>10</sup> Procesar el reflujo de los acontecimientos nativos sobre las denominaciones no americanas, tal es la responsabilidad que cabe a la inteligencia americana para afianzar la continuidad cultural: acusar recibo de los cambios que el trayecto de los acontecimientos nativos impone sobre la nomenclatura prestada: conceptualizar esta mínima diferencia (aunque de máximos efectos) es lo que

7. Exclama AR reflexionando sobre «ese extraño fenómeno de desvío» mediante el cual el modernismo («la verdadera poesía original producida en Hispanoamérica antes del criollismo») «procede a veces en desquite contra la vida». («Tierra y espíritu de América», *Los trabajos y los días*, 9: 235).

8. Jorge Luis BORGES, «Alfonso Reyes», *Sur* 264, 1960, 2.

9. Denominación marcada por «el tanto de impulso conveniente y de impulso deformador que la nomenclatura europea haya producido entre nosotros» («Ciencia y deber social», *Última...* p. 120).

10. Única manera de resolver «el punto neurálgico» de las «realidades americanas, torcidas en la traducción», por la sobreimposición de un lenguaje político europeo sobre el descampado americano. La tarea es descubrir sus fórmulas propias. («Ciencia...» 118-20).

da una base a la inteligencia para hacer legítimo ejercicio de su palabra propia. Así se produce el real injerto por el que se continúa transformadoramente el patrimonio cultural universal.

#### QUERENCIA DE CALLE

Revisemos dos afirmaciones dispares suyas sobre la naturaleza de la «calle»: «echarse a la calle es más santo que encerrarse en casa»;<sup>11</sup> «la inteligencia americana está más avezada al aire de la calle» («Notas...» p. 86) ¿Por qué «echarse a la calle es más santo que encerrarse en casa»? ¿qué propiedades de la calle hacen que la inteligencia americana se avecinde en ella?

Primero, la calle es el lugar donde el sujeto se abraza «decididamente con la inquietud social de su época» aportando sus luces y su voluntad;<sup>12</sup> como también es el espectáculo distanciado donde el hombre de gabinete de las musas ve «pasar la historia —la historia humilde, diaria e intensa, la que se ve desde las ventanas».<sup>13</sup> Segundo, «echarse a la calle» implica una manera de actuar y de operar sobre los acontecimientos: impele a ejecutar acciones práctico-teóricas, aunar la acción con la reflexión inmediata sobre esta acción. «Paralelismo justo con la realidad circundante» que, hoy día, define a «la pluma militar, siempre pronta a disparar sobre el blanco que se le proponga». («Paul Valéry...» p. 103); y que ayer servía a Pericles para explicar la superioridad de Atenas: «el discurso no daña a la acción. ... lo peor es ignorar las palabras antes de ejecutar los actos».<sup>14</sup> Actitud práctico-teórica que AR aconseja a los científicos sociales: «mezclar la Teórica y la Poética [obra e intervención sobre el mundo] ... salir con las ideas puras a media calle» («Ciencia...» p. 125). Como lugar, espectáculo y modo de conocimiento, los atributos de la calle, por una parte, vienen a coincidir con los de la misma inteligencia que los conoce y, por otra, ofrecen a la continuidad cultural el mejor terreno donde ejercitar su autoctonía. Espacio privilegiado de interacciones humanas, la calle es microcósmica miscelánea de lo cotidiano donde la historia se despliega como *volumen*. Volumen donde se puede ver la diversidad armónica de nuestra América a condición de que leamos los acontecimientos históricos de la doble manera que lo hacía Thomas Carlyle:<sup>15</sup> sincrónica y sincro-diacrónicamente. Sincrónicamente: cuando se observa que cada una de las acciones determinantes de todo acontecimiento histórico actúa como un «grupo» de acciones interrelacionadas. Sincro-diacrónicamente:

11. «El misticismo activo.» *El suicida*, 3: 276.

12. «En el día americano», *Última...* p. 70.

13. «Apuntes sobre Azorín». *Los dos caminos*, 4: 244; también en «A vuelta...» p. 438.

14. «El diálogo de América», *Los trabajos...* p. 232.

15. «On History», *English and Other Critical Essays* (London/Toronto: J.M. Dent & Sons, 1925), pp. 84-5.

cuando cada una de las acciones del grupo determinante es efecto, a su vez, de su interacción con todas las demás, presentes y pasadas, de modo «*simultáneo*».<sup>16</sup> Motivo por el que Carlyle adjetiva a la acción histórica de «*sólida*» (*loc. cit.*): concepción del modo de ser de la historia (y de escribirla) que encontró más de un eco en la obra de AR.<sup>17</sup> La calle alfonsina —como la «acción histórica *sólida*» y el «Chaos of Being» de Carlyle— es así estratografía de un encuentro y revelación de una enseñanza. Encuentro de acontecimientos y hombres que se revelan «cargados de sí mismos, como si arrastraran [en] una larga cauda de tiempo: las tres dimensiones del espacio y la cuarta del tiempo».<sup>18</sup> Revelación de sus cuatro dimensiones gracias a la operación conceptista de «la visión rotativa y envolvente», la que descubre que el ente callejero «todo él está moviéndose, latiendo, arrojando comunicaciones... a los objetos vecinos, y recibiendo de ellos».<sup>19</sup> Esta experiencia es desplazable: también el libro puede ser leído como una calle reducida, siempre y cuando se lo mire desde el «revés de su tapiz».<sup>20</sup> Este revés del libro, homólogo al volumen de la calle y de la historia, no es inmediatamente visible: hay que reconstruirlo mediante una operación textual que trata al libro como si fuera el espesor de una acción histórica y mental, acción-espesor que revela el trayecto del cual resultó.<sup>21</sup> La ejecución de esta operación textual (a la vez acción filológica e histórica —según Bataillon) nos restituye el «libro fantasma»: «ese doble fondo invisible que las obras tienen a los ojos de su creador: ...ese otro libro no escrito, de que el libro publicado es sólo un efecto final, ...y que los críticos nos esforzamos a veces por adivinar».<sup>22</sup> Esta reconstrucción por estratos del libro y de la calle evoca el modelo onírico de que se servía Freud para interpretar la ciudad de Roma: interacción de *todas* las épocas, sobreviviendo intactas, *en el mismo lugar*.

16. «the things done were not a series, but a group... actual events are nowise so simple related to each other as parent and offspring are; every single event is the offspring not of one, but of all other events, prior or contemporaneous and will in its turn combine with all others to give birth to new: it is an ever-living, ever-working Chaos of Being, wherein shape after shape bodies it-self forth from innumerable elements». (Carlyle, *loc. cit.*).

17. Por ejemplo: cuando valora, en historiografía, el método narrativo por sobre el documental («El escepticismo histórico». *Los trabajos...*, p. 363); y, más en general, todas las veces que privilegia una manera de significar (y de leer) más alegórica que estrictamente realista («Carta a mi doble», *Al yunque* [México: Tezontle, 1960] p. 8, entre otros muchos textos).

18. «Proust y los gusanos de cuatro dimensiones». *Grata compañía*, 12: 69.

19. «El derecho a la locura». *Las vísperas de España*, 2: 67.

20. «Detrás de los libros». *La experiencia literaria*, 14: 123-4.

21. Reconstrucción dinámica de «todos los motivos y estados mentales que han determinado cada una de las páginas», de «el cuadro de época, por secreto que sea», de «la historia particular sobre la adquisición de las nociones que expresa: las preocupaciones dominantes... las reminiscencias literarias», etc. (*loc. cit.*).

22. «Respuestas», *Simpatías y diferencias*, Quinta Serie, 4: 451.

Inesperado efecto benéfico de «Su mismo origen colonial, que la obliga[ba] a buscar fuera de sí misma las razones de su acción y de su cultura» —define AR.<sup>23</sup> Entendamos: la situación colonial convirtió al americano en un consumidor potencial de «toda la herencia cultural del mundo»; pero —como reacción adversativa y compensatoria— esta misma condición hizo de él un devorador «de todas las corrientes extranjeras», un meteco acostumbrado a buscar en el exterior las fuentes del saber», que necesitaba «salir de sus fronteras lingüísticas para completar su imagen del mundo» («Posición...», p. 264).

Jorge Luis Borges —coincidiendo con la tercera observación de Bataillon— explora estas fronteras universalistas (constitutivas de la tercera operación de la inteligencia americana) trasponiéndolas en las maneras por las que opera la memoria alfonsina. Con respecto a la experimentación de su lectura, Borges la entiende de acuerdo con las funciones de su memoria: (a) «virtualmente infinita», lo que «le permitía el descubrimiento de secretas y remotas afinidades», (b) estratificada (como la calle, el libro y el «Chaos of Being») puesto que procede «como si todo lo escuchado o leído estuviera presente, en una suerte de mágica eternidad» y (c) no confinada al área de la especialidad, como la de Saintsbury o Menéndez Pelayo (*op. cit.*). Pero —inficre Borges— la convergencia de estos tres atributos configura una tesis paradójica: de que en tierra y cultura extraña costaría menos innovar que en la propia porque el «buen escepticismo», fruto inevitable de la vinculación distanciada a la otra cultura, mantendría a raya al «supersticioso temor» y al «exceso de reverencia» que nos identifica y fija a la propia (*loc. cit.*). El distanciamiento, efecto causal del «buen escepticismo», Borges lo conecta con la voluntad original de asumir el multilingüismo americano (español, inglés, portugués) con una voluntad desidentificadora de «los comadreos entre capillas» (AR), por cuanto «somos herederos de todo el pasado y no de los hábitos o pasiones de tal o cual estirpe». En esta voluntad de identificarse a «cuanto habían soñado los siglos» (y no a los comadreos), Borges quiere descubrir «la clave de la obra de Reyes» (*loc. cit.*). Esta clave borgiana, si se la proyecta de vuelta sobre la tesis internacionalista de AR (avidez del americano por consumir toda «la herencia cultural del mundo»), conjetura las formas comunicativas de una verdadera manducación intelectual: sorpresiva (porque ramifica las expectativas),<sup>24</sup> mítica (a la vez histórica y ahistórica) y abierta (no circunscrita a especialidades). ¿Las mismas, acaso, que las de la inteligencia americana? Por ahora, digamos que la pluma alfonsina comunica dos círculos concéntricos: el de las maneras de proceder de su obra con lo que ésta postula

23. «El destino de América», *Última...*, p. 61.

24. «Él enriquecía la conversación, uno le decía algo y ese algo... iba ramificándose en la imaginación de Reyes». J.L. Borges, «Cómo conocí a Alfonso Reyes», *Capilla alfonsina* 28, 1973: 12.

sobre la operación de los contenidos que revela; en otras palabras, la inteligencia de la obra alfonsina reencuentra en su configuración textual las maneras de operar de la inteligencia americana.

La voluntad de contrastarse a sí mismo (experimentándose como otro) a través del efecto distanciador, «extrañador», que produce el multilingüismo asumido con voluntad diferenciadora. AR la había pensado como la fase «proyectiva» por la que la inteligencia americana se interroga sobre su autoctonía. La otra fase era el «reflujo original» de las acciones sobre sus orígenes, las deformaciones y resistencias con que los acontecimientos refluían sobre las denominaciones ajenas que se les buscaba imponer: sus desarrollos inesperados, sus desvíos paradójicos (cf. *supra*: ns. 6, 10, 14; *infra*: refracción segunda). Estas formas de la autoctonía van, ahora, a codificar el flujo y reflujo de las relaciones «internacionales» de la inteligencia americana a la alteridad.

Entre «la pregunta del mundo y la respuesta del hombre», la respuesta de AR «viene a ser una pregunta en segundo grado», conforme a su reiterada convicción de que «el enigma del ambiente», «del escenario que nos envuelve»,<sup>25</sup> debe ser traspuesto de modo creativo y no meramente imitativo o episódico. Si todo escenario necesariamente se descodifica dentro de un sistema cultural, la mejor recepción será siempre la que reconstruya «las “configuraciones mentales”» que rigen el funcionamiento del objeto contemplado. Y —como lo testimonia su referencia a Vico— las «configuraciones mentales» entienden el objeto en la medida que lo reconocen: sólo se «entiende» aquello que se «puede hacer»; lo que significa que la comprensión del objeto es proporcional a la reconstrucción del escenario discursivo donde se figura su funcionamiento, el cual vendría a ser equivalente de las operaciones que lo producen.<sup>26</sup> Proceso analítico que no se limita a entender lo representado desde lo manifiesto (la América «contada»), sino que también comprende lo que no está (la América reprimida o transformada) desde el escenario de donde fue excluido; o, lo que está desde el escenario traspuesto que restablezca su coherencia.<sup>27</sup> En suma,

25. «Tres reinos de México.» *De viva voz*, 8: 107.

26. «Generosa reconstrucción humana» —escribe AR— cuyo objeto es doble: «esclarecer y definir el propio punto de vista», simultáneo a «en el caso: esclarecer a América». Esclarecer el propio punto de vista esclarece también a América porque tal es la práctica que AR aprendió de Vico: conversión de la experiencia verbal del fenómeno en un objeto de experiencia revelador de una nueva manera de comprender al objeto percibido. (Cf. «Significado...» p. 158).

27. Preocupación y representación no figurativa de América que muchos de sus contemporáneos no entendieron y que, incluso, se lo reprocharon como «una evidente desvinculación de México» (Héctor Pérez M. en *El Nacional* [México, 7/5/1938]. En su réplica, AR arguye sobre el valor revelador de la reflexión indirecta, de la proyección contrastante, de «la necesidad de someter nuestra América a los grandes reactivos del pensamiento para ver lo que de ello resulta». («A vuelta...» p. 433). Escribir sobre Virgilio, Goethe, Mallarmé o Gracián es otra manera de reflexionar sobre América; si no como tema (la América ya vista y sabida), sí como escenario proyectivo donde conocerse por contraste (la América que se va configurando a través de los «reactivos»).

para comprender América, la «fantasma» y no la ya sabida, hay que interpretarla en sus tendencias latentes, en sus configuraciones inéditas;<sup>28</sup> y esto nos aboca a su núcleo definidor: la utopía.

## VOLUNTAD UTOPISTA

«Voluntad», primero, porque desde antes de ser descubierta América exigió una «función del ánimo» que fuese capaz de *concebir*la como una «forma necesaria de la mente» o *presentir*la «en los sueños de la poesía y en los atisbos de la ciencia». «Utopista», enseguida, porque una vez descubierta «viene a enriquecer el sentido utópico del mundo», «la fe americana de traer una nueva contribución...», un «nuevo punto de partida...»<sup>29</sup> ¿En qué consiste esta «nueva contribución»? ¿De dónde viene y hacia dónde va su «nuevo punto de partida»? Y, conforme a la sostenida homología que hemos venido encontrando entre el funcionamiento de la inteligencia alfonsina y la americana, ¿cómo se escribe la voluntad utopista, esta cuarta función por la que opera la inteligencia americana?

La primera y más trascendental contribución que la aparición de América hace al mundo es el desafío conceptual a que incita y obliga a sus protagonistas, a su «coro»:<sup>30</sup> hacer ejercicio de una capacidad cognoscitiva (denominación e interpretación conjuntamente) equivalente a sus presentimientos y copadora de la originalidad de sus hallazgos. El «nuevo punto de partida», necesario para comprender la originalidad americana, exige sustituir la *relación con el objeto* por la *relación con la operación* que lo produce. Relación que no puede ya ser mimética, imitativa, porque los objetos americanos mismos resultan de un «largo proceso de intelectualización» que substituyó «la mera representación imitativa» por

28. Un ejemplo paradigmático de restitución transpositiva de las «configuraciones mentales» es el análisis del grito: «¡Dejame solo!» —grita El Gallo, frente a los despojos de su hermano Joselito. Frase incomprensible para una explicación inmediatamente figurativa, cobra en cambio toda la densidad de sus significaciones cuando AR restituye las transposiciones pertinentes. PRIMERO, con respecto al escenario: en el ruedo los toreros necesitan del peón de brega, pero a condición de que se mantenga a conveniente distancia y no embarace las libres evoluciones del diestro en torno al toro. «Por eso, cuando el matador comienza su faena, lo primero que hacen los sabios del público es recordarle a la cuadrilla que debe despejar el campo: “Dejarlo solo”, gritan». Por poco que el diestro se respete, cuando se acerca el momento de muerte, procura a su vez que los entendidos le oigan gritar: «¡Dejame solo!». SEGUNDO, con respecto al proceso: «¿Qué había de hacer el torero viejo, al acercarse al cadáver de su hermano, instante de sumo pavor, de sumo dolor? Nada sino acudir, automáticamente, a lo mejor que sabía, al disparo casi ritual, a la frase técnica, a la suprema jactancia del matador valiente: “¡Dejame solo!”» («Alivio y traición de la palabra». *Tren de ondas*, 8: 367-8).

29. Para las diversas citas, cf.: «El presagio...» p. 12 y 60-1: «Posición...», p. 262 y «Paul Valéry...» p. 104.

30. «El coro: las poblaciones americanas... los antiguos elementos autóctonos, las masas ibéricas de conquistadores, misioneros y colonos, y las ulteriores aportaciones de inmigrantes europeos en general». («Notas...», p. 83).



la edificación de «un arte penetrado de símbolos, que casi puede leerse como una escritura». («Tres reinos...», p. 107). Objetos que incluyen desde «Las contorsiones y los vuelos monumentales de la arqueología mexicana» (*loc. cit.*) al «alieno» con que los animales abrigaron la desnudez de Jesús, «aspa de barro» en sus hocicos, de la que «En su candor verdaderamente temerario, los pobres indios escultores no se resignaban a prescindir» en su representación del pesebre.<sup>31</sup>

Lo inédito de este «nuevo punto de partida» es que atiende menos al objeto que a las modalidades por las que se lo ve, lee y representa. No es la pirámide lo que importa sino esta «especie de desciframiento jeroglífico [por el] que la conciencia» de los remotos abuelos trató de comprender su paisaje (*ibid.*): no es el pesebre sino la visión que lo reconstruye como «escultura de una vibración térmica» (*ibid.*). El objetivo es comprender lo que se ve compenetrándose con la operación de la cual resultó: encuentro de la escritura «en sí»: de «lo que se va pensando al hacerla, y de lo que no se tenía idea antes de comenzarla»;<sup>32</sup> voluntad por recorrer todas las fases del esfuerzo acumulado en torno al objeto.

Cuando esta voluntad identificativa tiene por objeto compenetrarse con «los efectos mismos del paisaje [americano] sobre la mente» («Tres reinos...» p. 106), con el objeto de buscar los fundamentos de nuestra originalidad poética, el objetivo utopista «se ahoga y confunde en otro problema mayor: el ...de la literatura nacional ...expresión íntegra del alma de un pueblo» (*loc. cit.*). Esto define un programa de estudios. Limitémonos, en esta oportunidad, a explorar los medios por los que la voluntad utopista realiza su empeño de ser y de hacerse con América. Sabemos que la comprensión del objeto americano es proporcional a la reconstrucción de su escenario, el cual será transpositivo y no mimético;<sup>33</sup> lo que significa que el énfasis reside más en la operación que produce el escenario que en los eventuales objetos que lo ocupan. Y bien ¿dónde encontrar esta operación engendradora? y ¿cómo funciona?

Preguntas que no podemos responder dentro de los límites de este estudio y que exigen revisar la noción de AR con respecto al rol de la «emoción histórica», que es la experiencia cognoscitiva por la cual el hombre acusa recibo de como interactúa con «la enormidad de esta escultura geográfica que procede de los cinco dedos... cuando los inspira la inteligencia».<sup>34</sup> Para AR los paisajes hu-

31. «La escultura de lo fluido.» *Tren...*, p. 390.

32. Clasificación del acto de escribir con la que mejora otra de Schopenhauer: escribir sin pensar, pensar al escribir o pensar antes de escribir («Temperamentos de escritor», *El cazador* 3: 160).

33. AR escribiría «jeroglífico», palabra de que se sirve, generalmente, para rechazar la representación «mimética o imitativa» de un asunto, el «dato naturalista de los ojos» (*cf.* respectivamente, «Monólogo del autor», *El suicida*, p. 294: «Motivos del Laocoonte», *Calendario*, 2: 293, entre otros).

34. Escribe: «la enormidad de esta escultura geográfica que procede de los cinco dedos... siempre y cuando los inspire la inteligencia». Y se complace en visualizar «esta gesticulación de la tierra bajo el cincel del hombre» mediante un «relentis» que, marchando en retroceso, reflejara en pocos minutos los cambios que la geografía humana introdujo en una misma sección del paisaje («Atenea política», *Tentativas...*, pp. 187-8).

manos y naturales parecen estar animados, si no por el hilozoísmo heleno, ciertamente por la residencia y ejercicio que de ellos hizo el «cincel humano». El paisaje no sólo conserva «las miradas que lo rozaron» (Proust) sino que está tamizado por las operaciones mentales e históricas *de que también resultó*. La «emoción histórica» viene a proporcionar el escenario donde interactúan, dialogan y devienen americanas las que en un primer momento creímos eran sus bases. Esta inversión exige otro comienzo. Gracias.